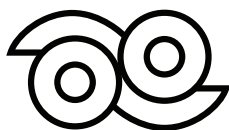


El pequeño Hans



El pequeño Hans

Análisis de la fobia
de un niño de cinco años

Sigmund Freud

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

Prólogo de Jacques André

Amorrortu editores
Buenos Aires - Madrid

El título original en alemán de la presente obra de Sigmund Freud, cuyos derechos se consignan a continuación, figura en la página 27.

© Copyright de las obras de Sigmund Freud, Sigmund Freud Copyrights Ltd.

© Copyright del ordenamiento, comentarios y notas de la edición inglesa, James Strachey, 1955

© Copyright de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa, Presses Universitaires de France, 2006

© Copyright de la edición castellana, Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 7° piso - C1057AAS Buenos Aires, 1976, 2012

Amorrortu editores España S.L., C/López de Hoyos 15, 3° izq. - 28006 Madrid

www.amorrortueditores.com

Traducción directa del alemán de las obras de Sigmund Freud: José Luis Etcheverry

Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson

Traducción de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa: Horacio Pons

Asesoramiento: Santiago Dubcovsky y Jorge Colapinto

Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 978-950-518-877-2

ISBN 978-2-13-058463-6, París (edición francesa)

Freud, Sigmund

El pequeño Hans. Análisis de la fobia de un niño de cinco años. - 1ª ed. - Buenos Aires : Amorrortu, 2016.

192 p. ; 21x12 cm.

Traducción de: José Luis Etcheverry

ISBN 978-950-518-877-2

1. Psicoanálisis. I. Etcheverry, José Luis, trad. II. Título.

CDD 150.195

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en septiembre de 2016.

Tirada de esta edición: 3.000 ejemplares.

Índice general

- 9 Características de esta edición
- 11 Lista de abreviaturas
- 13 Prólogo, *Jacques André*

- 25 Análisis de la fobia
de un niño de cinco años
(1909)

- 27 Nota introductoria, *James Strachey*
- 33 *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*

- 33 I. Introducción
- 51 II. Historial clínico y análisis
- 131 III. Epicrisis

- 175 *Apéndice al análisis del pequeño Hans*
(1922)

- 177 Bibliografía e índice de autores
- 183 Índice alfabético

Características de esta edición

La selección de escritos de Sigmund Freud de la que forma parte este libro se basa, esencialmente, en la edición de sus *Obras completas* publicada por nuestro sello editorial, entre 1978 y 1985, en 24 tomos, cuyos textos reproduce exactamente. Esta nueva versión —que en cada volumen presenta uno de los trabajos de mayor relevancia del autor austríaco, o bien reúne escritos más breves referidos a la misma temática— se ve enriquecida por el significativo aporte de un equipo de especialistas que tuvo a su cargo la publicación de las obras completas de Sigmund Freud en lengua francesa, bajo la dirección de André Bourguignon, Pierre Cotet y Jean Laplanche. Cada libro comienza con un pormenorizado prólogo de uno de aquellos, en el cual se exponen análisis, reflexiones y comentarios sobre la obra o temática tratada y se entrecruzan referencias a otros trabajos de Freud; y en los propios textos de este se introducen notas a pie de página con apuntes lexicográficos, históricos, literarios, etc. En algunos volúmenes se incorporan, asimismo, breves textos inéditos.

Esta edición incluye: 1) Los escritos de Sigmund Freud, traducidos directamente del alemán por José Luis Etcheverry¹ y cotejados con *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*,² edición a cargo de James B. Stra-

¹ La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften* (Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34), a la que siguieron las *Gesammelte Werke* (Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52). Para la presente traducción se tomó como base la 4ª reimpresión de estas últimas, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75).

² Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74.

chey. 2) Comentarios de este último previos a cada escrito. 3) Notas a pie de página de Strachey (entre corchetes, para diferenciarlas de las de Freud), en las que se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 4) Notas a pie de página entre llaves (identificadas con un asterisco en el cuerpo principal), que se refieren, las más de las veces, a problemas propios de la traducción al castellano. 5) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey consideró indispensables para su correcta comprensión. 6) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular o, tratándose de verbos, en infinitivo). 7) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 8) Índice alfabético de autores y temas, al que se le suman, en ciertos casos, algunos índices especiales (p. ej., «Índice de sueños», «Índice de operaciones fallidas», etc.).

Las notas a pie de página de los traductores franceses aparecen separadas de las correspondientes a Freud y Strachey y a la traducción castellana, y con numeración independiente (el número respectivo se consigna entre paréntesis tanto dentro del texto como en la nota propiamente dicha).

Antes de cada trabajo de Freud, se mencionan sus sucesivas ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.³

³ A este fin, entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.

Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, pág. 177.)

- AE* Freud, *Obras completas* (24 vols.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-1985.
- BN* Freud, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.*
- EA* Freud, *Obras completas* (19 vols.). Buenos Aires: Editorial Americana, 1943-44.
- GS* Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.
- GW* Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.
- OCP* Freud, *Œuvres complètes Psychanalyse* (21 vols.). París: Presses Universitaires de France, 1988-.
- RP* *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943-.
- SA* Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.

* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

-- Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.

SKSN Freud, *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre* (5 vols.). Viena, 1906-22.

SR Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires: Santiago Rueda, 1952-56.

Vier Krankengeschichten Freud, *Vier psychoanalytische Krankengeschichten*, Viena: 1932.

Prólogo

Jacques André

En febrero de 1972, poco más de un año antes de su muerte, Herbert Graf le otorga una entrevista a la revista *Opera News*,¹ durante la cual describe su vida de director, desde sus inicios en Münster hasta la dirección del Grand Théâtre de Ginebra —que habría de marcar el final de su carrera—, pasando por el prestigioso Met, el Metropolitan Opera de Nueva York, donde debutó a fines de 1936 con *Sansón y Dalila*. Del niño que fue, esta entrevista apenas muestra signos reconocibles, como no sea un humor discreto que la mayoría de las veces recae sobre sí mismo, a menos que sea una diva quien lo padezca. Ljuba Welitsch, por ejemplo, resplandeciente pelirroja que pretendía entrar a escena para representar el papel de Dalila vestida tan sólo con una espléndida capa verde y, debajo, nada más que las ligeras envolturas de los siete velos. «Mi querida niña —le hizo notar Graf—: cuando Salomé aparece por primera vez es una inocente jovencita. Sólo después de que Jokanaán despierte su sexualidad pensará en seducir a Herodes con una danza erótica».

Graf puede decir de sí mismo, con toda modestia, que jamás fue un director «brillante», al estilo de un Reinhardt o un Zeffirelli, sino más bien, como digno hijo de profesor, un hombre de saber técnico y pedagogía; no por ello deja de exhibir una carrera notable en todos los aspectos, tanto por la

¹ Herbert Graf, «Memories of an invisible man: Herbert Graf recalls a half-century in the theater. A dialogue with Francis Rizzo», *Opera News*, 36, 5, 12, 19 y 26 de febrero de 1972 {«Memorias de un hombre invisible: Herbert Graf recuerda medio siglo de vida en el teatro. Un diálogo con Francis Rizzo», *Seminario Lacaniano*, n° 7, 1996, págs. 8-22}.

calidad de los escenarios que lo acogieron como por el renombre de los músicos e intérpretes de quienes fue compañero artístico. Valga como un ejemplo entre otros el hecho de que la Callas y él hicieron juntos su debut en la Scala. Y no fue el menor de sus méritos haber contribuido a que la dirección operística gozara de un reconocimiento que a comienzos del siglo se le había negado largamente.

A pesar de todo ello y de una vida artística muy plena, no hay casi dudas de que, a criterio de la posteridad, el niño, en otra escena, no deja de prevalecer sobre el adulto; de que el pequeño Herbert, alias «el pequeño Hans», cubre para siempre con su sombra a Herbert Graf, el *régisseur*.

Estamos a principios de 1906. Los *Tres ensayos de teoría sexual* han aparecido el año anterior, y con ellos la teoría psicoanalítica se ha dado una de sus piedras angulares. La afirmación de una sexualidad infantil, polimorfa en sus manifestaciones y descentrada de la mera genitalidad por sus fuentes de excitación, no es su única apuesta. En términos más radicales, los *Tres ensayos*. . . fundan el infantilismo de la psicosexualidad humana, el arraigo del inconsciente en las experiencias sexuales de los primeros tiempos de la vida. En lo esencial, estas hipótesis cobraron progresivamente forma en la mente de Freud sobre la base de los análisis de adultos. Las mociones sexuales antiguas se muestran a tal punto sepultadas y disfrazadas por la inexorable represión, que la empresa es laboriosa. ¿No sería posible, por «un camino más directo», ir sin rodeos a la prueba? ¿Es «imposible averiguar inmediatamente en el niño, en toda su frescura vital, aquellas mociones sexuales y formaciones de deseo» que el psicoanálisis exhuma con gran trabajo en el neurótico? Freud moviliza a amigos y discípulos en un clima de descubrimiento y excitación colectivos: miren, observen la vida sexual de los niños; abran los ojos ante lo que de ordinario «se pasa hábilmente por alto o se desmiente adrede». La muy diversa correspondencia mantenida por él da testimonio de que el llamado tuvo eco, y cada

uno a su turno, al capricho de un juego o una palabra infantil, aportó su piedra al edificio.

Dijimos «amigos y discípulos»: Max Graf es tanto lo uno como lo otro. El hombre se interesa por todo: literatura, filosofía, ciencia, psicoanálisis. . . ; su principal característica es la curiosidad. Sin embargo, una de sus inquietudes prevalece sobre todas las demás: la música. Intentará componer, pero Brahms lo desalentará a la primera tentativa seria. Será entonces crítico musical y profesor de historia de la música. Invitado por Freud a las «reuniones de los miércoles a la noche», termina por ser miembro permanente de la pequeña sociedad.² Sus primeras contribuciones asocian música y psicoanálisis. A través de Beethoven y Wagner, examina el proceso de la creación musical. Sus palabras adoptan a veces una forma más confidencial: por ejemplo, con referencia a la determinación de los nombres. En sus años de estudiante, enamorado de una prima llamada Hedwig, le complacía particularmente escribir casi por doquier la letra H. Su hijo y su hija llevan aún la marca de esa letra: el primero se llama Herbert, pero habría podido llamarse Harry o. . . Hans; el nombre de la hija es Hanna.

Su condición de discípulo no sofoca el espíritu crítico de Max Graf. Testigo directo de la virulencia del enfrentamiento entre Freud, Adler y Stekel, conservará de la disputa la imagen de una sociedad que se transforma en «iglesia oficial», sometida a su «nuevo profeta», que proscribía a quien se desvíaba de la ortodoxia.³

² Cf. Herman Nunberg y Ernst Federn (eds.), *Les premiers psychanalystes: minutes de la Société Psychanalytique de Vienne*, 1, 1906-1908, y 2, 1908-1910, París: Gallimard, 1976-1978 {*Las reuniones de los miércoles: actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*, 1-2, Buenos Aires: Nueva Visión, 1979}.

³ Max Graf, «Reminiscences of Professor Sigmund Freud», *The Psychoanalytic Quarterly*, 11, 1942, págs. 465-76 {«Reminiscencias del profesor Freud», *Fort-da. Revista de Psicoanálisis con Niños*, n° 10, noviembre de 2008}.

Empero, antes de que el tiempo y la geografía alejen a Max Graf de Freud, los dos hombres se verán asociados en una pasión común por lo que va a ser el primer psicoanálisis de niños, aun cuando la legitimidad de esta designación haya sido puesta en entredicho. Max tiene pues un hijo, Herbert, nacido en abril de 1903. Un hijo al que ama y que le corresponde en ese amor. En la entrevista publicada en *Opera News*, Herbert Graf menciona a los hombres prestigiosos —muchos— que presidieron su destino o fueron sus maestros. En primer lugar, Freud. Aunque no ha conservado la memoria de sus angustias de niño y su análisis, se acuerda de la visita que le hizo al profesor cuando tenía diecinueve años y del caluroso abrazo recibido de él, que le trajo entonces reminiscencias de los bustos de filósofos griegos barbudos que veía en la escuela. Pero también podría mencionar a Gustav Mahler, su padrino. Y además a Strauss, Toscanini, etc. ¿Cuál es el hombre más extraordinario que ha conocido en su vida? «Mi padre», sin perjuicio de que traza de él un retrato de hombre más célebre de lo que en realidad fue. ¿Los caminos musicales de la sublimación en el «pequeño Hans» deben adjudicarse a la represión, como sugiere Freud (pág. 164, *n.* 34), o al amor buscado por otras vías? Max Graf había publicado un libro titulado *Wagner Probleme und andere Studien* {El problema Wagner y otros estudios}. Herbert, hijo fiel, defiende en 1925 su tesis sobre el tema «Richard Wagner, director». Entre sus recuerdos de infancia, Herbert escoge uno que adivinamos teñido de una particular ternura: la visión de su padre en el sobrecargado estribo de un trolebús, en viaje al partido de fútbol del domingo, con una mano en la barandilla, y en la otra, su libro favorito: un ejemplar tan anotado como gastado de la *Crítica de la razón pura*.

Así, desde enero de 1906, Max Graf observa a su hijo, anota sus ocurrencias y lo secunda de buena gana en sus primeras indagaciones: ¿quién tiene un «hace-pipí», quién no lo tiene?

Herbert, «muchacho alegre» o «de buena índole», según las palabras afectuosas del profesor Freud, es un personaje.

Alternativamente lógico («“hacer” no es “tener ganas”», «“pensar” no es “desear”») y taxonomista («un perro y un caballo tienen un hace-pipí; una mesa y un sillón, no»), y siempre humorista, ya sea que ridiculice a la cigüeña paterna o trate a los Graf como «*Giraffen*», a las palabras como cosas. Quien acaba de escribir los *Tres ensayos*. . . descubre en Herbert a su doble infantil. Verdaderamente «genial» él también, en su intento de resolver los «problemas del universo cuya dificultad supera el intelecto humano». ⁴ Herbert hace sus primeras apariciones en la obra en su calidad de teórico, antes de convertirse en Hans el fóbico: en 1907 («El esclarecimiento sexual del niño») y 1908 («Sobre las teorías sexuales infantiles»). Freud le dirá a Jung que el primero de esos dos textos le ha sido «arrancado» (por el doctor Fürst, de Hamburgo). ⁵ No nos cuesta creerlo, ya que por entonces su interés no lo inclina casi a las explicaciones que hay que dar o a la educación que se debe prescribir, sino más bien a la escucha de lo que el genio de la infancia dirige a adultos decididamente sordos. Y como no hay peor sordo que el que no quiere oír —*vox populi* psicoanalítica—, nadie está a cubierto. Ni el padre, cuando los sueños del hijo y sus fantasías de «barullo» o «pataleo» procuran en vano arrastrarlo a la escena primordial; ni el profesor Freud, muy fijado en su desconocimiento de la vagina, cuando Herbert-Hans dobla su jirafa, abre puertas y hace agujeros.

Las teorías sexuales infantiles no sólo dan en el blanco, por la inventiva de las construcciones que proponen, sino que, de manera mucho más sorprendente y perturbadora, dicen la verdad de la propia actividad teórica. La sexualidad es, a la vez, su (único) objeto y su motor: teoría sexual sobre la se-

⁴ Sigmund Freud, «Les théories sexuelles infantiles» (1908), en *La vie sexuelle*, París: Presses Universitaires de France, 1969, pág. 19 {«Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908c), *AE*, 9, pág. 192}.

⁵ Sigmund Freud, carta del 1º de julio de 1907 a Carl Gustav Jung, en Sigmund Freud y Carl Gustav Jung, *Correspondance (1906-1914)*, París: Gallimard, 1975 {*Correspondencia*, Madrid: Taurus, 1979}.

xualidad, como los *Tres ensayos*. . . El «apetito de saber» no es movido por una necesidad de causalidad, sino con la mira en la satisfacción de ciertos intereses, en sí mismos libidinales. Aunque no todo es sexual, la sexualidad se mezcla en todo, empezando por la actividad de teorización: descubrimiento esencial de Freud durante ese primer decenio del siglo, pero descubrimiento temible, que amenaza volverse contra sí mismo y tornar definitivamente inestable la convicción científica, comenzando, claro está, por la convicción psicoanalítica.

La cuestión es particularmente notoria en la primera parte del «Pequeño Hans». Entre los tres hombres (uno de ellos un pequeño) la excitación llega al máximo. Para Hans, desde luego, entre *Lumpf* y *Wiwimacher*; mas también para el padre, que no termina de anotar, hacer preguntas, observar. Desde el punto de vista epistemológico, hoy se conviene en negarle al observador la neutralidad que reclama frente al fenómeno que observa. ¿Qué decir, empero, cuando el objeto de examen es la vida sexual (de un hijo)? Y para Freud, por último. . . , quien, para describirle la experiencia a Jung (carta del 1º de junio de 1909), despliega acentos dignos del «rey de los alisos»: «Jamás he tenido una perspectiva tan bella del alma de un niño».

Los lectores del texto de Freud han señalado repetidamente sus reticencias a internarse en la vertiente negativa, invertida u homosexual del complejo de Edipo. La referencia correspondiente no está ausente: persiste discreta. ¿Podía ser de otra manera? ¿Podía el «análisis» de Hans proseguir a su ritmo sin que la homosexualidad subyacente se mantuviera como la mancha casi ciega de la empresa? Se han comentado mucho, sobre todo desde Lacan, el momento de encuentro de los tres personajes y la frase pronunciada por Freud, que en la ocasión hace las veces de oráculo de Viena: «. . . hacía mucho tiempo, antes que él viniera al mundo, yo sabía ya que llegaría un pequeño Hans que querría mucho a su madre, y por eso se vería obligado a tener miedo del padre» (págs. 70-1). ¿Cuál es la función primordial de una declaración semejante, como no

sea la de disolver lo particular en lo universal y trasladar la violencia pulsional, siempre absolutamente singular, a una ley general; en suma, la de reprimir? Al mismo tiempo, hay una cuestión que se puede plantear sin que sea necesario responderla, tanto menos cuanto que la respuesta es psicoanalíticamente indecible: la eclosión de la fobia «ecuestre» no es lo que motiva la cooperación entre el padre y Freud, pues surge en el transcurso de la experiencia de observación. ¿Ironía del inconsciente? El animal de angustia elegido (entre la variedad de los grandes animales posibles) tiene toda la apariencia de un animal de transferencia: como amigo solícito de la familia, Freud le había regalado a Hans, en ocasión de su tercer cumpleaños, un caballito balancín. ¿La fobia es el objeto del análisis o su efecto?

El 12 de mayo de 1909, menos de tres meses después de la aparición del «Pequeño Hans», se desarrolla en el 19 Berggasse una velada de los miércoles sobre el tema de la educación sexual. En torno de Freud se agrupan sobre todo Federn, Hitschmann, Rank, Reitler, Sadger, Stekel y Max Graf. Más que expresada con claridad, la idea subyacente se adivina: si en el principio de las psiconeurosis se halla la represión de la sexualidad infantil, ¿cabe esperar de la educación sexual un efecto profiláctico? Entre los allí reunidos se observa una tendencia a la respuesta afirmativa, pero que no hace más que desembocar en otra cuestión cuya resolución es igualmente delicada: ¿De quién cabe esperar esa educación? ¿De los padres? La mayoría de ellos no están calificados para hacerlo, señala Freud. Y agrega, por cierto con el aval de la experiencia neurótica y conflictual reciente: «Los niños no quieren en absoluto que su padre los esclarezca». Queda la escuela, que no debe descartarse con demasiada rapidez, pero Freud parece depositar una vez más su confianza en los mamíferos; tiene presente, a no dudar, el bestiario de Hans: que «se inculque al niño que el hombre también es un mamífero, y sacará por sí mismo las conclusiones apropiadas». Ante lo cual Hitsch-

mann (¿socarrón?) objeta que, en vista de la manera en que practican el coito los mamíferos, su ejemplo no presenta más que ventajas.

La dificultad del dilema queda implícita y enreda mucho más la discusión: ¿cómo podría una educación de la sexualidad no ser de por sí sexual (o seductora), y formar parte así de la dificultad que pretende resolver? Podemos suponer que todos los participantes tienen en mente al «pequeño Hans», al cual, por lo demás, Freud ha hecho una primera mención. ¿Quiénes de los presentes están al tanto de la identidad de Herbert-Hans? Es difícil saberlo, pero una frase de Max Graf en la que se menciona al «niño ahora», su separación sexual *actual* respecto de sus padres, hace pensar que varios (si no todos) están en el secreto.

Quien mezcla en verdad a Hans en el debate es Reitler: la educación sexual sólo nos interesa como medio de prevenir la neurosis, dice; es innegable que en el caso de Hans se han cometido errores. Más precisamente, Reitler vincula «la concepción inofensiva de la sexualidad a la que el niño estaba acostumbrado en la casa» y el deseo de exhibición del varoncito. A lo cual Max Graf y Freud, casi al unísono, no dejan de responder, en lo que es una respuesta notable por el cambio de plano que opera. Si hay que buscar una causa de la enfermedad de Hans, hace notar Graf, habrá que invocar «una fuerte predisposición sexual». Freud lo avala: «Hans» tiene una «fuerte predisposición a la sexualidad», «la neurosis es en esencia un asunto de constitución». Un momento antes, en el transcurso del debate, el propio Freud acaba de decir, sin embargo, contra una argumentación de Bleuler en favor de la predisposición: «Los neuróticos son personas que, en su imaginación, no han logrado separarse de sus primeros objetos; y de este *contenido de los fantasmas primordiales* emanan todos esos sentimientos de represión». Así como esta declaración «psíquica» muestra homogeneidad con el texto del análisis de Hans y sus deseos incestuosos, la referencia a la predisposición/constitución —que situaría a Hans, como mucho,

del lado de los «esclavos de la cantidad» y la neurosis actual— es, a lo sumo, marginal con respecto a él.

El beneficio de esta operación de desplazamiento es demasiado obvio, y sin duda inseparable de la presencia física de Max Graf durante la discusión: si la causa es constitucional, los padres (la sexualidad de los padres, la «concepción inofensiva» que estos se hacen de ella) no tienen nada que ver en la cuestión. La predisposición acude en auxilio de la represión: represión de los motivos conflictivos neuróticos, introducida por los «errores» parentales.⁶ Freud, sin embargo, no se atiene a esta línea de defensa hasta sus últimas consecuencias: la seducción «excremental» no pasa la prueba. Y Freud aclara: habría sido preciso «negar al varoncito el permiso de acompañar a su madre al baño».

Retomar sobre la base del «Pequeño Hans» el debate acerca del psicoanálisis de niños significaría embarcarse en una exposición demasiado extensa. Puede señalarse, no obstante, que una de las grandes contribuciones del texto de Freud a la cuestión consiste en que da testimonio —aun cuando no sea ese su objetivo explícito— del entrecruzamiento de los deseos inconscientes que tienen en el niño su ámbito, y no simplemente su fuente. Los rostros de la seducción en el «Pequeño Hans», texto de un encuentro del niño con los adultos, son múltiples. El propio Herbert-Hans es un gran seductor, y no sólo de su madre y las niñas. Todo muestra que su padre y el profesor están «en la gloria» delante del «muchacho». Mas, en cuanto gran seductor, este tiene a quién salir. A su «bella madre», por supuesto, a quien Freud ayudó antaño con un conflicto neurótico de su período juvenil, y a través de la cual conoció a la familia.⁷ Una madre que, desde sus cambios de

⁶ Sobre el juego entre constitución y seducción en la obra de Freud, cf. Jean Laplanche, *La sexualité humaine: biologisme et biologie*, Le Plessis-Robinson: Institut Synthélabo, 1999.

⁷ Jean Bergeret, *Le «petit Hans» et la réalité, ou Freud face à son passé*, París: Payot, 1987, plantea la hipótesis, muy conjetural, de que la mujer podría ser la Katharina de los *Estudios sobre la histeria*.

calzones («inofensivos») hasta la escena del baño, pasando por los momentos compartidos con su hijo en la cama e incluso, por paradójico que parezca, mediante las palabras escogidas para prohibir la masturbación («es una porquería»), se ajusta bastante bien a la imagen de la mujer que toma al niño como «sustituto de un objeto sexual de pleno derecho», tal como Freud la retrata en la misma época.⁸ En cuanto a la seducción paterna, se ejerce en varios planos, y puede adoptar formas lúdicas y anecdóticas:

«[El padre]: “¿Quieres ir conmigo el lunes a casa del profesor, que te puede sacar la tontería?”.

»Él: “No”.

»Yo [el padre]: “Pero si él tiene una nenita muy hermosa”.

»Tras eso condescendió bien dispuesto y contento».

El inconsciente del adulto ya es mucho más solicitado a través de la curiosidad apasionada del padre por el nacimiento de su hijo a la sexualidad. Todo indica, por otra parte, que la construcción misma del fantasma fóbico no se produce sin los aportes paternos: antes de que el niño juegue a montarse a caballito de la criada, es Max quien le sirve de caballo.

Para cerrar este capítulo, no deja de sorprender que la primerísima referencia de Freud al «pequeño Hans» (en la edición original del artículo de 1907) se presenta acompañada del abandono de la hipótesis de la seducción: el pequeño Herbert «por cierto no sufrió influencias seductoras de parte de alguna persona encargada de su crianza».⁹

⁸ Sigmund Freud, *Trois essais sur la théorie sexuelle*, OCP, 6, pág. 161 {*Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), AE, 7, pág. 203}, y «La morale sexuelle “civilisée” et la maladie nerveuse des temps modernes», en *La vie sexuelle*, op. cit., pág. 39 {«La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna» (1908d), AE, 9, pág. 174}.

⁹ Sigmund Freud, «Les explications sexuelles données aux enfants: lettre ouverte au Dr. M. Fürst», en *La vie sexuelle*, op. cit., pág. 10 {«El esclarecimiento sexual del niño (Carta abierta al doctor M. Fürst)» (1907c), AE, 9, pág. 118}.

No resulta fácil saber por qué la obra de Freud, a diferencia de muchos textos psicoanalíticos posteriores, tolera e incluso exige una(s) lectura(s) renovada(s), al extremo de parecer una mina casi inagotable. Una de las razones reside, sin duda, en que, en los márgenes de la argumentación central, el texto freudiano abre muchos más caminos que los que sigue. El inconsciente (y su excitación: esto es particularmente cierto en el caso del «pequeño Hans») desborda la observación de la que él mismo es objeto. Por nuestro lado, hemos seguido durante un momento la pista intrincada y marginal de la seducción, pero hay muchas otras y más clásicas: del «complejo excremental» a la concepción del fantasma, por no hablar del análisis mismo de la fobia. La «imperfección» del texto de Freud, su incapacidad para constituirse en una «bella totalidad» —si se supone que alguna vez se haya esforzado por serlo—, da acceso a otras lecturas, más allá de aquella a la que invita el motivo dominante, es decir, el *complejo de castración*, comentado con la frecuencia suficiente como para que no hayamos juzgado necesario volver a él. Apenas «rozado» por la obra con anterioridad, encuentra en este caso su primera verdadera exposición. Hans no se contenta con distinguir a los seres que *lo* tienen de los que no *lo* tienen, sino que sitúa, además, en el primer plano de la escena psicoanalítica al personaje de la mujer con pene, que en lo sucesivo nunca ha de abandonar ese lugar.

Este tema mismo —central, por lo tanto— no dejó de ser releído y hasta reescrito. Para Lacan, en particular, el reto era crucial, si se tiene en cuenta su propio dispositivo metapsicológico, organizado alrededor de la primacía del falo. Hay que leer el seminario sobre la relación de objeto,¹⁰ donde Lacan, más vienes que el rey, despliega planos de detalle de los lugares y promete, con una ingenuidad (olvidadiza de la situación

¹⁰ Jacques Lacan, *Le séminaire, Livre IV, La relation d'objet (1956-1957)*, París: Seuil, 1994 {*El seminario de Jacques Lacan. Libro 4. La relación de objeto. 1956-1957*, Buenos Aires: Paidós, 1998}.

transferencial) muy poco habitual en él: «Yo diría incluso (con lo que les aporto) que interpretarán el caso del pequeño Hans mejor de lo que Freud pudo hacerlo».

El «muchacho alegre» no se conformó con seducir a Freud durante los años 1905-1909. Las referencias a Hans a lo largo de la obra son tan frecuentes que su enumeración sería engorrosa. Hans es un compañero de la obra fundacional en su conjunto, y por ende del psicoanálisis. La *talking cure* no sería lo que es sin Anna O. . . ; la transferencia, sin Dora; la escena primordial, sin el «Hombre de los Lobos», y el complejo de castración, sin Herbert-Hans, su hace-pipí y sus talentos dialécticos.